

# BAJABA...

## ¡SIN CESAR, INEVITABLEMENTE, BAJABA!

*Habría pasado una media hora, quizá una hora entera —pues solo tenía una noción imperfecta del tiempo—, antes de volver a fijar los ojos en lo alto. Lo que entonces vi me confundió y me llenó de asombro. La carrera del péndulo había aumentado, aproximadamente, en una yarda. Como consecuencia natural, su velocidad era mucho más grande. Pero lo que me perturbó fue la idea de que el péndulo había descendido perceptiblemente. Noté ahora —y es inútil agregar con cuánto horror— que su extremidad inferior estaba constituida por una media luna de reluciente acero, cuyo largo de punta a punta alcanzaba a un pie. Aunque afilado como una navaja, el péndulo parecía macizo y pesado, y desde el filo se iba ensanchando hasta rematar en una ancha y sólida masa. Hallábase fijo a un pesado vástago de bronce y todo el mecanismo silbaba al balancearse en el aire.*

[...]

*Bajaba..., seguía bajando suavemente. Sentí un frenético placer en comparar su velocidad lateral con la del descenso. A la derecha..., a la izquierda..., hacia los lados, con el aullido de un espíritu maldito..., hacia mi corazón, con el paso sigiloso del tigre. Sucesivamente reí a carcajadas y clamé, según que una u otra idea me dominara.*

E. A. Poe, «El pozo y el péndulo» (1842)

El reo había escapado al pozo y vencido el miedo a la oscuridad; sin embargo, ahora se ha de enfrentar a dos nuevos peligros. Se le devuelve el poder de ver, pero no para ayudarlo, sino para que sufra aún más pudiendo contemplar el temible péndulo que ha sido dispuesto sobre su cuerpo.

El péndulo, el segundo elemento en el título del cuento, constituye otra amenaza y la angustia del presagio de una muerte que ahora sería, además, muy dolorosa. El reo, en su afán razonador, en su afán por encontrar explicaciones a todo aquel sinsentido, deduce: «Los agentes de la Inquisición habían advertido mi descubrimiento del pozo. El pozo, sí, cuyos horrores estaban destinados a un recusante tan obstinado como yo;

el pozo, símbolo típico del infierno, última Thule de los castigos de la Inquisición, según los rumores que corrían». Ese poder de deducción — presente desde que el narrador quisiese averiguar dónde se encontraba, cuáles eran las dimensiones de su celda y cuáles eran las desgracias que se avecinaban— va a ser uno de los factores fundamentales del carácter de nuestro protagonista; esto lo lleva a seguir buscando caminos para la liberación.

De entre todos los instantes de la narración, el que quedaría confirmado como el más icónico a través de las diferentes ediciones ilustradas fue este referido a la tortura del péndulo, ya fuera en un punto u otro. Así lo vemos en las ilustraciones de **Frederick Simpson Coburn** (1871-1960), **Arthur E. Becher** (1877-1960), **Frederick Colin Tilney** (1870-1951), **Byam Shaw** (1872-1919), **William Sharp** (1900-1961) —artistas quizás no tan conocidos en la actualidad por el gran público—, **Harry Clarke** (1889-1931) y **Arthur Rackham** (1867-1939). Estos dos últimos, por el contrario, no solo se reconocen como dos de los más notables ilustradores en la historia gráfica de Poe, sino que sus diseños, ajenos a modas y al paso del tiempo, se siguen reeditando y gozan de absoluta actualidad.

